

CARTAS AL DIRECTOR

El médico de la familia y...

Sr. Director:

Recuerdo a un hombre de porte serio, mirada intensa y un extraño aroma. Llegaba a casa en su propio coche, salvando todo tipo de dificultades, llegar era toda una aventura, atravesar la rambla ya era un reto, y después que no se cruzara con un rebaño de cabras, podía quedar atrapado entre todas y la honda del pastor. Cuando llegaba a casa mis hermanas y yo solíamos quitarnos de en medio, ya estaba la abuela enferma otra vez. Pasaba a su dormitorio y mi madre le acompañaba todo el tiempo. Tras la cortina, como si de verdad fuera una espía escuchaba atentamente aquella voz grave: *"tranquila María, la abuela saldrá de esta, despacio, pero saldrá"*. Entonces mi madre suspiraba como si la hubieran liberado de la pena de muerte.

Rápidamente, ambos abandonaban la habitación y mi madre se marchaba con el médico al pueblo. Se iba con él para traer los medicamentos cuanto antes, seguro que ya había cerrado la farmacia, era tarde, y tendría que despertar al farmacéutico. Otra vez a sortear los obstáculos del camino.

Trascurrida una hora aproximadamente ya estaba mi madre en casa, ahora con Pepe, nuestro practicante de toda la vida. A ese sí que le temía yo, pues pensaba que en vez de inyecciones ponía banderillas, hoy sé que lo hacía bastante bien, era el pánico de la niñez lo que me invitaba a opinar así. Le escuchaba comentar *si le pudieran poner penicilina todo sería más rápido*, y yo me preguntaba que sería aquello.

Pepe se marchaba después de echar un rato, y es que era como de la familia, yo misma vine al mundo en mi casa cuando aún se estilaba, él asistió a mi madre en el parto. Toda la noche, lo que restaba de ella, la pasaba mi madre rondando a mi abuela, sin tregua. A mí no me dejaban entrar al cuarto, era muy chica decían y también podía enfermar.

A la mañana siguiente, bien temprano, mi madre regresaba al pueblo, *voy al instituto* decía, y yo pensaba ¿al instituto?, donde estudian los mayores, que se le ha perdido allí a mi madre. No era ese instituto claro está, sino el Instituto Nacional de Previsión (hasta hace muy pocos años y aún los más mayores le llaman así al Centro de Salud) tenía que recoger las recetas para mi abuela y traer los medicamentos que faltaban.

Yo me asomaba al tranco y veía a mi abuela postrada en la cama, así la había visto muchas veces, y siempre despertaba la incertidumbre, su salud se resentía muy a menudo y era muy mayor. Pasaba el día entre estruendos de tos que la ahogaban, y en la noche los conciertos aún eran mas idílicos.

A la mañana siguiente mi padre y mi madre comentaban *"habría que avisar a Don Ángel, el médico, la abuela está igual"*, *"de paso al trabajo ya le doy yo el recado"* decía mi padre.

Efectivamente, a media mañana estaba en casa, y entraba por la puerta a viva voz *¿qué le pasa a la abuela?, ¡vamos abuela!* Otra vez, yo escuchaba atónita a aquel hombre mientras en mi interior pedía con todas mi fuerzas que curara a mi abuelita.

A la salida del dormitorio le comentaba a mi madre el tratamiento a seguir, con aquella voz tan seca le decía *paciencia María, hay que ser "paciente", la abuela ya ha demostrado muchas veces lo fuerte que es, esta no es la suya*. Allí pasaba el rato hablando con mi madre, como si también fuera miembro de la familia, tantos años tratándonos a todos, curándonos... y como bien decía mi abuela: que nos cure mucho, pero de resfriados sólo.

Hoy, han trascurrido más de veinte años desde que este episodio y otros similares acontecieran en mi cada vez más lejana infancia; pero que recuerdo con especial cariño: a esa mujer valiente donde las hubiera, que se consolaba diciendo *mujer enferma, mujer eterna*, mi maestra, mi **ABUELA**; a Pepe Sánchez, el practicante, si hacía frío o llevaba acompañante en coche, si no en moto, para esos caminos era mejor; a Don Ángel Piñero, que ya nos dejó, el médico de la familia o debería decir un **Médico de Familia**.

Y por último recuerdo y tengo presente a la paciente, no mi abuela, sino mi madre, que fue sí, paciente, para cuidar con tanto cariño no solo a aquella mujer, y seguir cuidando a su esposo y sus cinco hijos, para hacerse mayor y convertirse, ahora sí, en paciente de su Médica de Familia.

A María Sánchez, mi madre, y a todos los Médicos de Familia, gracias.

Encarnación Figueredo Sánchez
Secretaria de la Revista Med. Fam. (And.)
efiguesan@yahoo.es